



Entrevista realizada por los miembros del Centro de Estudios Sudamericanos, al Dr. Jean Jacques Kourliandsky, doctor en Historia y encargado de investigación en cuestiones ibéricas del Institut de Relations Internationales et Stratégiques (IRIS) de Paris.

Estimado Jean Jacques, desde su visión, ¿cual es la posición y posibilidades de inserción internacional de América Latina, en el actual contexto mundial? ¿Cuáles son sus principales fortalezas y debilidades?

En virtud de lo anterior, cuales deben ser las estrategias de inserción de la región. Es factible una integración regional que nucleee a los Estados al sur de Panamá (ALCA, Unión Sudamericana, CAN, MERCOSUR)?

La América latina de hoy no puede entenderse sin referencias al pasado. Fue históricamente supeditada a fuerzas exteriores, objeto internacional dependiente de las potencias mundiales de turno. Primero como colonia de España y Portugal, durante tres siglos. Después como semi-colonia económica del Reino Unido en el siglo XIX. Y a partir de los años 1900 fue lo que se llegó a definirse como *patio trasero* de los Estados Unidos. Hubo solo, anunciando en cierta medida dinámicas actuales, algunos momentos de autonomía relativa en periodos de competencia fuerte entre centros de poder exteriores: entre Inglaterra y Estados Unidos de 1850 a 1901, como más tarde entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Con el fin de la guerra fría surgió un nuevo contexto propicio a este tipo de competencias exteriores generador, mecánicamente, de autonomía. El factor militar pasó a un segundo plano. Con la implosión de la URSS, Estados Unidos, potencia militar mayor, no temía perder su “patio trasero” de forma irreversible. El factor económico y comercial tuvo entonces una incidencia mayor ofreciendo opciones diversificadas y competidores a los países latinoamericanos, no solo en la economía sino también en lo diplomático. Favorecieron la ampliación de competencias exteriores firmando numerosos acuerdos de toda clase con países emergentes de Asia, y de forma más general con todos los países del sur.

El aumento continuo de los precios de las materias primas agrícolas como mineras y energéticas en los últimos tiempos permite ahora a los países latinoamericanos aprovechar estas circunstancias para construir estrategias de inserción activa en el escenario internacional.

El G-20, armado por Brasil, en 2003 desestabilizó los equilibrios tradicionales de la OMC fruto de negociaciones restringidas a EEUU, la UE y Japón. En 2003 también por primera vez un grupo de países latinoamericanos liderados por Brasil tomó en Haití la responsabilidad de una operación de paz de las Naciones Unidas. En 2006 y 2007 Bolivia y Venezuela retomaron el control de sus riquezas en gas y petróleo apartando empresas multinacionales foráneas. Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela, se desendeudaron, lo que cambió su relación con las instituciones financieras internacionales. Consecuencia de lo anterior, los gobiernos sudamericanos están ahora negociando la creación de un marco gasífero y financiero común.

Por lo tanto la permanencia política de un nacionalismo estrechamente entereverado con discursos integracionistas podría trabar estas evoluciones. A pesar de una retórica



federalizante compartida por todos los gobiernos, cada uno tiene una visión propia, la que de hecho lo ubica en posición de (co)liderazgo. Lo que reanima a veces viejos antagonismos bilaterales, y abre la posibilidad de acuerdos preferenciales con los centros dominantes. Traducción institucional de una situación no clarificada, la integración latinoamericana pasa por un sin fin de organismos más o menos compatibles. La sopa de letras, o *spaghetti bowl*, actual, - ALBA; ALCA; CAN ; MERCOSUR; TCP, Unión sudamericana-, es el reflejo concreto de contradicciones inconfesadas, ocultadas por gestos y discursos bolivarianos, sanmartinianos o artiguistas, referencias entre muchas otras.

¿Cual es el rol de la Unión Europea en el desarrollo de Sudamérica?

Europa buscó, cuando todavía se llamaba Comunidad Europea (CE), durante la guerra fría, inventar políticas de cooperación mutuamente provechosas con América latina. A pesar de la inexistencia formal de la PESC (Política Exterior y de Seguridad Común), la CE creó con sus socios latinoamericanos instrumentos diplomáticos originales.

No es el caso hoy día a pesar de que la Unión Europea tenga un casi ministro de relaciones exteriores, y al menos formalmente una PESC. ¿Porque? Porque desapareció el elemento clave de este acercamiento inédito, la guerra fría. En los años 1970/1990 tanto Europa como América latina necesitaban crear un marco de distensión. Los unos, los europeos para ablandar el muro que separaba las dos partes del viejo continente, especialmente en Alemania. Los otros, los latinoamericanos, para superar enfrentamientos internos agudos en Centroamérica y en el cono sur, oponiendo aliados de Occidente y de EEUU, con amigos de Cuba y de la URSS. De estas coincidencias de intereses surgieron instrumentos institucionales duraderos, el diálogo de San José, y las cumbres anuales entre Europa y el grupo de Río.

Hoy día, después de la bipolaridad, se están armando encuentros intercontinentales agrupando cada dos años todos los países de la UE como de América latina. Pero esta institucionalidad mayor no tiene la densidad de antes. La convergencia fundacional, - la búsqueda compartida de una distensión Este-Oeste -, se desvaneció, y con ella se perdió gran parte del interés común. Cambió entonces la agenda. Pasaron en primer plano los conflictos comerciales bilaterales, los del banano, del trigo y del maíz, el de la carne. La UE esta negociando, sin éxito, desde 1995 un acuerdo con el MERCOSUR. El tratado UE-CAN espera tiempos mejores. Por otra parte las agendas diplomáticas prioritarias son cada año más distintas. América latina va abriéndose hacia otros países del sur. Intenta construir, con muchos problemas, unas relaciones internas más fuertes. Apuesta, a veces de forma contradictoria, pero convergente en su inspiración, a construir equilibrios internacionales que le sean más favorables.

La Unión europea, esta ella, como lo escribió el ex-ministro brasileño de relaciones exteriores Celso Lafer, « duraderamente estresada por su ampliación ». La heterogeneidad creciente de la UE, - social, económica, militar, cultural como ideológica-, moviliza el tiempo y la atención de los gobiernos, de los partidos políticos como de las administraciones públicas. Literalmente queda poco tiempo para dialogar con el resto del mundo, un resto del mundo visto por otra parte de forma muy distinta por los unos como por los otros. Basta con recordar

los posicionamientos respectivos de los miembros de la UE durante la guerra emprendida por EEUU en Irak.

Centrándonos en el caso colombiano, ¿Cuál cree usted que son los caminos para lograr la pacificación y finalización del conflicto?

El conflicto colombiano, al menos en su dimensión actual, empezó hace cuarenta años. Pero lo que en Colombia llaman la “*Violencia*” es un elemento histórico y cultural casi estructural. Estos antecedentes aconsejan paciencia y humildad a todos los que pretenden proponer soluciones o análisis para ofrecer opciones de paz. A pesar de lo dicho, para responder a su pregunta, intentaré algunos comentarios.

Algo sorprende al observador exterior a propósito del conflicto colombiano. La paz es un bien colectivo imprescindible a todos en las sociedades democráticas. Pero la paz en Colombia fue sistemáticamente en los últimos años instrumentalizada electoralmente por todos los partidos políticos y todos los candidatos a las elecciones presidenciales. Lo que tuvo y tiene incidencias perversas. Ningún gobierno, sea el del conservador Andrés Pastrana, que ganó las presidenciales defendiendo la vía negociadora con las guerrillas, como el de Álvaro Uribe, disidente liberal, que llegó al poder para poner en marcha una política de mano dura con los grupos armados ilegales, consiguieron cambiar el marco fundamental del conflicto. Jugando electoralmente con la guerra y con la paz perdieron la perspectiva del tiempo. El tiempo de los actores violentos se inscribe en un período muy largo. Empezaron su lucha en los años sesenta del siglo pasado. Desde esta fecha no solo se consolidaron militarmente, financieramente, sino también culturalmente. Viven en un mundo distinto tan organizado y estructurado como el otro. Pueden aguantar cualquier situación, cualquier cambio en el Palacio presidencial de Nariño. Al contrario los presidentes actúan en el tiempo limitado de un mandato de cuatro años. No tienen tiempo. Necesitan actos concretos que tengan al menos incidencias en el electorado. Y lo que complica más su marco de actuación la rotación de equipos después de cada cambio presidencial, reduce el tiempo útil de los funcionarios encargados de gestionar la paz y la guerra.

¿Que actores deben intervenir en el proceso de pacificación?

Los que están en condición de cambiar algo son los actores principales del conflicto, el Estado y las FARC. Sin voluntad de las partes para conseguir la paz, no habrá paz. Lo que supondría un compromiso concreto, acordado de forma compartida, con la definición de objetivos, y de una metodología. Cada uno tendría que expresar cuales son sus intenciones en un marco de confianza mínima. Estamos hoy día muy lejos de un tal planteamiento. ¿Quiere la paz el presidente Uribe? ¿Quieren la paz las FARC?

Actores exteriores podrían ayudar a construir un ambiente de confianza, elemento previo inevitable. Una mediación considerada como legítima por las distintas partes, que podría averiguar el compromiso hacia la paz del uno como del otro. No parece por el momento que España, Francia y Suiza, países que se comprometieron a buscar un camino hacia la paz, consiguieron abrir la posibilidad de un diálogo constructivo entre el presidente y las FARC.

Acaso son los colombianos que colectivamente podrían tener un papel decisivo para crear una dinámica de paz. Colombia es una democracia débil, que tiene una tasa de abstención de las más altas en el mundo de las democracias. Todo lo que podría en el futuro fortalecer las legitimidades colectivas impondría de hecho la búsqueda de una salida del conflicto negociada entre todos. Pero este camino virtuoso supone la realización de dos condiciones. La primera, que las fuerzas políticas más conservadoras dejan de apoyar, y condenan el paramilitarismo, estrategia que tiene solo como consecuencia de fortalecer la contraparte armada. La segunda, que los que quieren cambiar socialmente Colombia condenen también a los que pretenden, como las FARC, cambiar el país por la vía de las armas. A pesar de sus límites las leyes del gobierno Uribe que pretenden combinar el desarme paramilitar con una justicia mínima, como las propuestas del recién constituido Polo Democrático Alternativo, reflejan una forma incipiente pero real de toma de conciencia.

El Plan Colombia y la cooperación de Estados Unidos, ¿colabora o entorpece el proceso de paz? ¿Por que?

Estados Unidos con el Plan Colombia privilegian una salida militar del conflicto. Estrategia confirmada y reforzada después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, asimilando lo de Colombia con lo de Irak. Sin por lo tanto dar una perspectiva de salida victoriosa al gobierno del presidente Uribe. De hecho esta vía responde a la defensa de intereses a corto plazo de EEUU, -movilización contra el terrorismo mundial; defensa de infraestructuras petroleras; erradicación de la cultura de la coca-. Responde también a una tendencia antigua en Colombia, expresada en su tiempo por el presidente Marco Fidel Suárez, y hoy por el presidente Uribe, que considera que Colombia no tiene otra vía diplomática que la soberanía limitada, mirar hacia *la estrella polar*, EEUU (*respice polum*).

¿Cual es el rol de Francia en el caso Bentancourt?

El secuestro en febrero de 2002 de la ex-senadora colombiana Ingrid Betancourt, que tiene por otra parte la nacionalidad gala, fue inmediatamente en Francia mediatizado y politizado. Los gobiernos franceses de turno pretendieron sacarla de las manos de sus raptos con iniciativas paradójicas, improvisadas a veces, o en otros casos espectaculares pero sin consecuencias concretas.

Para los medios de comunicación de masa el caso Betancourt se parece al de los franceses secuestrados en los últimos años en Irak o en Líbano. Casos privilegiados por su alto contenido emocional que permite una identificación del telespectador raso con los detenidos. Se supone que el telespectador no conoce ni quiere conocer los componentes de los conflictos internacionales, pero que si puede entender la situación de sus victimas. Así se mantiene en los noticieros la audiencia de los programas de farándula, elemento clave para fijar el precio de los anuncios publicitarios. Este interés mediático, con sus consecuencias populares, permite comprender la instrumentalización política en Francia del caso Betancourt desde 2002, como la de otros secuestrados con perfil similar.

El poder político privilegió lógicamente la búsqueda de salidas humanitarias mediatizables. En julio de 2003, a pocos días de la fiesta nacional francesa, se intentó desde Manaus, una operación de inteligencia militar para un intercambio supuestamente negociado con las

FARC, sin avisar las autoridades colombianas y brasileñas. Improvisada, la operación fracasó. El gobierno francés tuvo que disculparse públicamente y oficialmente. En junio de 2007 a pocos días de las elecciones legislativas el presidente francés recién electo, Nicolás Sarkozy, recibió en la casa presidencial a los hijos de Ingrid Betancourt y a su primer marido, de nacionalidad francesa, en presencia de los canales principales de televisión. Consiguió la liberación de un ex-responsable del aparato de las FARC, detenido en Colombia, que supuestamente tenía que jugar un papel clave para conseguir rápidamente la liberación de la ex-senadora. Granda, ex-responsable de las FARC, vive ahora en Cuba. Ingrid Betancourt sigue secuestrada. Quedan en la mente de los franceses las imágenes de un presidente movilizado, para conseguir la liberación de una compatriota víctima de terroristas en un país extranjero.

Las dos vías permitieron hacer entender a las FARC que, con Ingrid Betancourt, tenían una carta mayor. No tienen nada que pedir a Francia. Sus reivindicaciones que son políticas las dirigen a las autoridades colombianas. Pero usan a Ingrid Betancourt para instrumentalizar el gobierno francés, para que presione a su par colombiano.

Pretendiendo negar el carácter colombiano del secuestro de Ingrid Betancourt, como lo hace el gobierno francés, considerándolo como lo presentan los medios de comunicación, como un simple caso humanitario, el de una francesa secuestrada sin razón, tiene dos consecuencias. La primera es la no liberación de la secuestrada que tiene un valor político demasiado importante para las FARC como para liberarla rápidamente. La segunda es que el caso queda en lo virtual, lo que acaso en sociedades tan mediatizadas como las nuestras es para los gobiernos lo más importante.

Julio de 2007.